

Mi primera visita al colegio después del terremoto

Al medio día del miércoles 4 de marzo del 2010 emprendí mi primer recorrido hacia el colegio. Ya estaba instalado el toque de queda en la zona para controlar los saqueos y sólo se podía transitar entre las 12 y las 18 hrs. de cada día.

Armado de una bicicleta que conseguí con un vecino (no tenía bencina en mi auto y el tránsito en las calles era imposible), me dirigí al Carmela Romero. Partí cruzando el puente de 2 kilómetros sobre el río Bio Bio, el cual nadie había evaluado aún pero por precaución (debido a las deformaciones y daños visibles), estaba restringido en su uso sólo para peatones y ciclistas. Uno trataba de entretenerse con las ondulaciones que quedaron en el puente para no pensar en que el daño pudiera hacer ceder la estructura o que un nuevo sismo (como tantas de las réplicas que tuvimos esos días) diera el golpe de gracia mientras uno transitaba a través de él.

Cuando llegué al colegio, mi primera imagen era la esperada. La centenaria casa de la fundadora que rodeaba todo el acceso principal, si bien estaba de pie, mostraba múltiples grietas que cruzaban por todos lados la edificación. Varias de ellas eran tan profundas que uno podía meter la mano y parte del brazo.

¿Cómo no cayó? Fue la única pregunta que me hice. La vieja casona, construida en adobe y sin pilares como los que usan hoy, estaba partida de arriba abajo, de un lado a otro y, sin embargo, seguía de pie... “digna hasta el final” fue lo que pensé.

Como el acceso principal estaba cerrado, di la vuelta a la cuadra para entrar por el costado hacia el patio del establecimiento... para ese escenario no estaba preparado. El patio tenía unos 15 metros de ancho y separaba a la calle de los principales edificios del colegio (uno de 6 y otro de 4 pisos), donde se encontraban la mayor parte de las aulas, la biblioteca, laboratorios, salas de computación, de música, artes, comedores, un pequeño gimnasio y una serie de oficinas para coordinaciones e inspectorías, dentro de lo principal. De esos 15 metros de ancho, al menos 10 estaban cubiertos por escombros caídos de los edificios.

Restos de vidrios, cemento y marcos de ventanas era lo que abundaba en ese patio, y al levantar la vista... lo que muchos no nos habríamos esperado. Nuestros dos mejores edificios, los con data de construcción más actual, se encontraban con serios daños en sus estructuras, especialmente en los pilares y escaleras de acceso, todo lo cual era distinguishible para cualquier ojo inexperto en materia de construcción. Lo que después se confirmó desde los especialistas, era que ese daño visible no era reparable o que su reparación era tan o más cara que la reconstrucción de un edificio nuevo.

Para mi fue impactante el escenario, porque ya llevaba casi 5 años trabajando en el colegio y sentía un compromiso especial puesto que era el colegio donde se había formado mi esposa. Así que conocía muchas historias sobre lo que esos muros representaban. Pero si para mi fue impactante, no puedo dimensionar que pasó por la cabeza y el corazón de todas aquellas personas que han dedicado una vida al colegio. Muchas de nuestras auxiliares y profesoras tienen entre 15 y

30 años de servicio en la institución y muchas de ellas estaban ese día tratando de ordenar y limpiar lo que se pudiera, así como de guardar y rescatar las cosas que estuvieran al alcance. A muchas de ellas la miré a la cara, pero no tuve palabras para ellas... su rostro mostraba cosas que iban más allá de mi comprensión.

Con el paso del tiempo, mucho de lo que decían esas caras se fue exteriorizando, lo cual evidenció el enorme cúmulo de emociones y pensamientos que llenaban los rostros de ese día. Pena, tristeza, rabia, desamparo e incredulidad se unían en un cóctel incomprensible con esperanza, fuerza, ánimo y una maravillosa disposición de muchos para decir “aquí estamos... que hay que hacer para empezar a arreglar esto”.

Durante el resto de ese día y de los que siguieron nuestros encuentros en el colegio eran con un solo objetivo... rescatar la mayor cantidad de cosas que se pudieran y trasladarlas todas hacia el patio que se formaba debajo del gimnasio principal, única estructura en pie y sin daños mayores a la vista.

En un comportamiento que mirado a la distancia se puede calificar de osado o inconsciente, muchos de nosotros nos adentramos en la casa de la fundadora o en los edificios de aulas para rescatar archivos, muebles, materiales didácticos, computadores y todo lo que pudiera ser de utilidad o significativo para la identidad del colegio. Fue así por ejemplo, que se nos ocurrió rescatar un piano que se encontraba en un quinto piso y que debimos bajar por escaleras que se encontraban partidas en sus bases. Así también nos ocurrió a tres varones que subimos a la biblioteca (ubicada en el sexto piso), para rescatar los libros. En cuanto llegamos arriba y logramos ordenar un poco los libros y estanterías que bloqueaban el acceso, comenzó la réplica más grande que tuvimos del terremoto, con poco más de 7 grados en escala de Richter, que hizo que el edificio se balanceara entre uno y dos metros de lado a lado. Uno de nosotros corrió escaleras abajo y los otros dos nos quedamos a esperar que pasara la réplica porque sabíamos que las escaleras estaban partidas, por tanto, sólo nos quedaba aguardar que el edificio aguantara.

Impactante también fue recorrer los edificios y encontrarnos con aulas cuyos paneles de separación se cayeron hacia los pupitres de los alumnos; con el muro de un primero básico que sostenía la pizarra y que se derrumbó hacia el interior de la sala; con partes de las escaleras que estaban bloqueadas por el derrumbe de los muros de concreto; o el apreciar algunas oficinas donde los muros cayeron sobre los escritorios, quedando uno de ellos incluso partido a la mitad. Frente a todo ese escenario el comentario era uno solo... ¡que suerte tuvimos de que el terremoto ocurriera en la madrugada y no durante el día!. Las clases ya habían comenzado por lo que, sin lugar a dudas, si hubiésemos tenido alumnos o personal trabajando en esos edificios habríamos tenido que lamentar más de una pérdida.

Fernando Bustamante
Psicólogo del Colegio

AUNQUE TODO PARECÍA PERDIDO

Testimonio de Marcia Barra, Secretaria del Colegio Carmela Romero

La madrugada del 27 de febrero me quedé felizmente dormida, luego de haber disfrutado desde mi cama el Festival de Viña, en compañía de mi hija, ya que mi esposo se encontraba trabajando con turno de noche, y nuestro hijo Matías estaba en el cumpleaños de Ignacia, una de sus compañeras Dominicanas, cuya generación de Cuarto Medio había egresado en el año 2009... Unido curso.

Desperté en pleno movimiento telúrico, cuya fuerza era tan grande que no me permitía levantarme, a diferencia de mi hija, que rápidamente salió de la cama y atinó a sacar una luz de emergencia e incentivándome a salir luego de la casa, pero me encontraba en shock y sólo rezaba en silencio, con las imágenes de mis seres queridos en mi mente y corazón, rogando que estuvieran bien.

El ruido al interior de la casa era tremendo... todo caía. En el piso de la cocina había una mezcla de loza, vinagre, aceite, mermeladas recién hechas, en fin, no había dónde pisar.

Fueron momentos angustiantes... Una vez afuera, el compartir y acompañamiento entre vecinos daba fuerza, entre réplica y réplica, y acompañados de las cada vez más desalentadoras noticias que daba Radio Bío Bío, la cual escuchábamos en una valiosa radio a pilas, que durante varios días se convirtió en nuestra fiel compañera, ya que el sector donde vivimos permaneció sin luz ni agua durante dos semanas...

El terremoto fue a las 03:35 horas, y aproximadamente a las 04:20 horas, llegó mi esposo, con toda su vestimenta de trabajo, incluido su pesado calzado de seguridad, que no le impidió correr todo el trayecto desde Huachipato hasta llegar a casa... todo mojado, ya que en su trabajo se reventaron las cañerías y sufrían caídas porque el polvo que se desprendía en el ambiente no permitía ver bien, sí ayudó una linterna que él siempre ha tenido la precaución de tener a mano... Con la cual pudo reunir a sus compañeros y salir todos juntos...

Con la emoción de su llegada supimos que alcanzó a comunicarse con nuestro hijo durante el inicio del movimiento y estaba bien, lo que me tranquilizó, pues se cortaron las líneas y quedamos incomunicados.

Estando en la calle pasó un joven que venía caminando desde el centro de Concepción y, entre lágrimas, nos dijo ***“está todo en el suelo...”***

De ahí la preocupación por saber en qué condiciones estaría nuestro Colegio... Ya que era difícil dejar las casas y la Familia, porque ya se estaba produciendo el otro terremoto... el terremoto social, ya que comenzaron los saqueos y el temor que eso produjo nos limitó en muchos aspectos. Con esa incertidumbre estaba cuando llegó a nuestra casa la tía Chany Rojas, una de nuestras Educadoras y nos compartió que había ido al Colegio y el estado en que quedó...

Y que estuviéramos atentos porque a través de radio Bío Bío nos avisarían cuándo nos reencontraríamos el Personal en dependencias del Colegio.

Cuando llegó ese momento fue uno de los más tristes... ver destruido el Colegio del cual formo parte desde el año 1988 fue devastador, ya que 22 años (en ese momento) como parte de la Familia Dominicana no pasan en vano... Además, recién había egresado de sus aulas nuestro hijo y nuestra hija se encontraba cursando el 3º Medio ...

Fue emocionante el reencuentro del Personal con las Hermanas de la Congregación, en el cual libremente pudimos compartir en qué condiciones estaban cada una de nuestras Familias... Escuchar de ellas la decisión de continuar con la misión, nos dejó claro que había que levantarse con fortaleza para enfrentar todo lo que venía... entre réplicas bastante complicadas seguíamos juntos en lo que quedó "habitabile", organizando en qué forma haríamos rescate de lo que se pudiera en las diferentes dependencias... Cada vez más nos dábamos cuenta que dentro de toda la desgracia, debíamos dar gracias por la infinita Misericordia de Dios ya que el horario del terremoto fue especial... De día, lo más probable es que hubiéramos tenido que lamentar pérdidas humanas.

Una vez organizados, comenzamos a habilitar unas improvisadas oficinas con acceso por calle Serrano, ya que había que comenzar a tener un espacio para recibir a los Apoderados y sus diferentes inquietudes. Ahí se inició un proceso desgastador, ya que las Familias estaban agobiadas y en completa incertidumbre por la situación del Colegio.

Como Secretaria del Colegio me correspondió atender a las personas y fue también un tiempo enriquecedor, en el cual pude apreciar la grandeza y también la pequeñez del ser humano. Ya que por una parte estaban las Familias que fueron todo amor y comprensión hacia el Colegio, esperando con paciencia y fe el desenlace de dónde y cuándo retomarían las clases nuestros alumnos y alumnas... Lo opuesto, vino de las familias que se desesperaron y optaron por retirar a sus hijos de nuestro Establecimiento... Hubo momentos muy complicados cuando papás jóvenes, especialmente de los niveles menores, exigían que se les hiciera devolución de los materiales de sus pupilos, ya que como en nuestro Colegio las clases habían comenzado el 24 de febrero, varias de estas familias ya los habían traído ... Muchos de los útiles flotaban en el agua, ya que se reventaron cañerías en ese sector. Afortunadamente habíamos logrado rescatar lo que se pudo y hacer devolución a dichas familias, que por ser nuevos, no alcanzaron a impregnarse del espíritu Dominicano y no reflexionaban que lo que estábamos viviendo era una situación terrible e inesperada para todos...

Cuando se inició la demolición del Colegio y posterior retiro de escombros, simplemente no hay palabras para describir la congoja y desolación que se sentía en el ambiente... Pero la esperanza de contar con nuevas dependencias a futuro nos fortalecía.

Han sido muchos los momentos emotivos vividos post – terremoto, uno de los más recordados fue cuando pudimos reiniciar las clases el día 5 de abril 2010 albergados en dos Colegios: Pre – Kinder y Kinder en el Instituto de Humanidades y de 1º Básico a 4º Medio en

Colegio San Agustín. Aunque tuvimos que adaptarnos a la jornada de la tarde lo que para muchas familias les significó un cambio radical en sus vidas, fue emocionante dar este paso, ya que comprendimos que la realidad podría haber sido otra, si la Congregación hubiera optado por no continuar con la misión...

También destaco cuando algunas familias del Colegio que llevaban mayor permanencia en él, se vieron en la necesidad de retirar a sus hijos (as) del Colegio porque vivían en San Pedro de la Paz, con todo lo que significaba cruzar el Puente Llacolén, en medio de las constantes réplicas y que colapsaba en todo momento... (pero que gracias a Dios resistió) y pronto volvían emocionados a solicitar el reingreso de sus hijos (as), porque extrañaban la familiaridad dominicana. Nuestro Colegio también recibió a alumnos de Establecimientos de San Pedro de la Paz y de la devastada comuna de Talcahuano.

En este aspecto fue muy valioso el servicio de un bus y un furgón dispuesto por el Centro de Padres del Colegio, para trasladar a parte de nuestros alumnos de San Pedro de la Paz, que funcionó con aporte de dicho Centro, del Colegio y una parte de las familias interesadas...

Y pasó el año 2010... Llegamos al 2011, iniciando las clases cobijados ahora en el Colegio del Sagrado corazón de Jesús, más cerca de nuestras dependencias y todo el alumnado junto, en jornada de la tarde, y con la colocación de la Primera Piedra (12 de abril 2011), nos dábamos ánimo y esperanza de que contaríamos a futuro con nuestras propias dependencias.

Entre ruidos y el ajetreado trabajo de la obra, quienes quedamos cobijados en las improvisadas oficinas que instalamos por calle Serrano y en las cuales hemos permanecido todo este proceso, hemos sido testigos de cada etapa de su reconstrucción.

Y llegó el anhelado día de inicio de clases en nuestras nuevas dependencias que estaban listas para la ocasión (salas, baños, comedor) luego de muchos imprevistos. Fue el día jueves 22 de marzo 2012, nunca olvidaré que fue mi mejor regalo de cumpleaños, y la gran alegría y alivio enorme que sentí... Atrás quedarían los llamados de todo el día de muchas de las familias del Colegio que estaban inquietos por saber cuándo iniciaríamos las clases, ya que oficialmente en nuestra región habían comenzado el 5 de marzo.

Y así, entre luces y sombras, ya todos juntos vamos viendo los avances de la obra, rogando a Dios que podamos contar con el Colegio terminado, incluyendo su Capilla que, personalmente, me hace mucha ilusión tenerla, ya que su altar se hará con vigas de madera chilena que se rescataron de nuestro destruido Colegio, pensando en este fin...

Finalmente, puedo compartir que fueron tantas las vivencias y momentos especiales que se vivieron producto del terremoto, pero rescato la fuerza y unión de la Comunidad Dominicana para enfrentar la adversidad, la solidaridad que se vivió... la cadena de comunicación espontánea que surgió entre conocidos, amigos y familiares visitando personalmente, especialmente en bicicleta, a las personas de quienes no sabíamos nada por la incomunicación de saturación de

líneas, el tiempo en familia que fue impagable, la conciencia que surgió sobre la importancia del agua... Fue un volver atrás, y dar valor a lo verdaderamente importante...

Marcia Barra Bouniot

Secretaria